

DOS MIRADAS DIVERGENTES

# El sueño mexicano

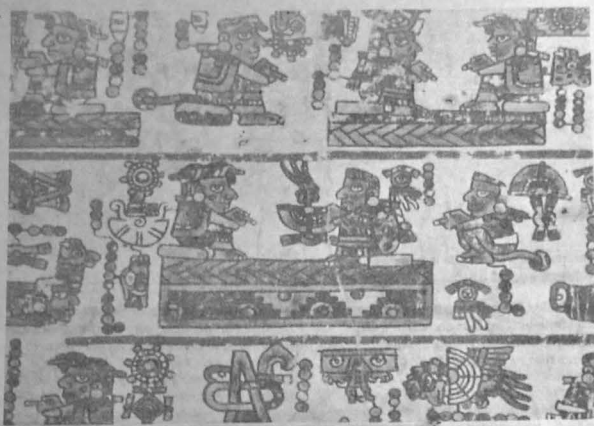
Fue en 1519. Llega a México Hernán Cortés con su aguerrida cohorte. Los aztecas se acercan asombrados "corriendo la tierra", devorando distancias de acuerdo al rito de bienvenida reservado al poderoso Quetzacoatl. ¿No venía acaso Cortés del este como el sol?

Empieza entonces el fin de la civilización india, de su fe, de su saber, de su magia y su fervorosa religiosidad atea, ante la disolución certidumbre y el espíritu posesivo de la Europa conquistadora.

Le Clézio descifra lo ocurrido en un libro de indudable significación. "México vivía en una ensañación alucinante, compartiendo vitalmente realidades omnipresentes, inexorables. Hombre y naturaleza vivían en una profunda armonía, una armonía en la que todo era posible, desde que toda actividad humana era expresión de una unidad abarcadora, comulgando el hombre con las fuentes auténticas de todo lo que existe, y no dominando a la naturaleza como los europeos, sino conciliándose con ella.

Antonin Artaud convivió en 1956 con los descendientes de aztecas, poseídos aún íntimamente por vívidas reminiscencias de la sensibilidad precortesiana. Vivían en el sueño imperecedero de un paraíso perdido, y no podían resignarse a aceptar el desamparo y la corrupción impuestos por la mentalidad europea, con sus reducciones de ciudades salubres, infestadas de vicios y ya en irrefrenable decadencia.

Al encontrarse los españoles invasores con los aztecas, se contrapusieron dos concepciones del hombre profundamente irreductibles; desnudos de cuerpo y alma, los aztecas vivían íntimamente compenetrados con el mundo, reconociendo los para ellos poderes exteriores, que eran los mismos que promovían dentro de sí sus energías y sus propósitos. Los poderes del sol, el agua, los vientos y la tierra, inundaban en ellos actitudes y sentimientos de reconocimiento y adhesión, incluso ante la muerte o las catástrofes naturales, las que nunca podían aceptarse como pérdidas absolutas, sino como reabsorciones ocasionales dentro de un cosmos de inderogable verdad y autoridad. Y dentro del propio cuerpo, la sangre concentraba su más fervorosa consideración, desde que se trasuntaban en ella aquellos poderes que eran parte decisiva de todo cuanto los rodeaba. Ascendían así a espectaculares pirámides, donde a su pedido se les abría el pecho y se les extraía el corazón. Viendo correr la sangre, el europeo no podía interpretarlo sino como signo de "barbarie", cuando toda su "cultura" se reducía a apoderarse del oro y las riquezas, por los privilegios personales y sociales que tal acaparamiento procuraba. Morir, para los aztecas, era un adelanto de la destrucción total, incluida en sus presagios de que "todo debe terminar desierto". Como exclamaba una azteca ante la invasión de Cortés, "no habría finalmente sino un solo canto, hasta los confines de la tierra, y no ya los múltiples cantos que hoy oímos". El hombre debe aceptar la voluntad del todo. Y morir es aceptar esa posibilidad, como cuando el cuerpo se trasfunde en la tierra recuperándose la comunión con los antepasados, y por lo tanto con todo cuanto existe. Toda experiencia vital es así respetada, y en cierto modo es inderogable, sin sujeciones a normas religiosas exteriores, mientras en la Europa renacentista se intentaba determinar conductas y destinos mediante imposiciones artificiosas. En una realidad aparentemente desmembrada, los aztecas reconocían una auténtica homogeneidad, donde cada circunstancia es un avatar de todas las demás, la aparición versátil de una esencia omnisciente. ¿Cómo podían entenderse en-



tonces indios y europeos, tan radicalmente contrapuestos? Mientras el azteca vivía comprometido con el universo, abarcando realidades tanto humanas como universales, el europeo invasor se conducía en cambio en base a categorías y descalificaciones originadas en un afán desorbitado de predominio personal. Al mundo colectivo y estrictamente mágico del azteca, Cortés le impuso, ávido de recursos técnicos exclusivos, arcabuces, cañones, corazas y caballos domesticados, el pensamiento pragmático y dominador de la Europa renacentista, individualista y posesiva, en procura de oro, de esclavos y de explotación de la naturaleza puesta a su servicio.

Entre 1492 y 1550 el mundo indiano se redujo aparentemente a la nada. Gobernantes y predicadores fueron destruidos, y sus leyes fueron abolidas. Se produjo la muerte de un millón de indígenas, y de hecho la desaparición de su cultura. Sobre ese mundo aniquilado pudo así reinar la paz española. A la destrucción material se agregó la pérdida de la parte más secreta, esencial. Ni siquiera se le reconoció al indiano sobreviviente, durante más de dos siglos, el derecho al sacerdocio cristiano y al ejercicio político. El silencio del mundo indígena es sin duda uno de los más grandes desastres sufridos por la humanidad. Al europeo renacentista escéptico y personalizado esa relación de cuerpo y alma de los hombres y de la naturaleza tuvo que parecerle brujería pura. El límite impreciso entre lo humano y lo divino, ese contacto entre el ser humano y la naturaleza, le pareció una solución diabólica. Ese mundo mágico resultaba opuesto a su optimismo racional y a su creencia en la capacidad de su inteligencia para dominar lo real. Imposible le era admitir que las fuerzas que sostienen la existencia sean las mismas que la del fuego, del viento y de los astros; que hombres y poderes exteriores, lo carnal y lo material, sean expresiones afines de una misma realidad. Esa unidad indisoluble le parecía al europeo absurda, así como los autosacrificios sangrientos, ese todo que unificaba lo que en Europa eran (y aún son) dos órdenes netamente distintos. La espiritualidad, la moral y la política, son para el europeo independientes del orden extrahumano, que

supone una presunta voluntad divina, mientras el indiano vivía ligado a las fuerzas naturales, a la creación total. Para los aztecas, un hombre puede acceder de inmediato al orden de amplitud total, sin por ellos rebasar el permitido por la sociedad. En los mayas se evidencia el mismo sentimiento de unión indisoluble de lo terrestre con lo universal. La vida de cada uno es una parcela divina. Y no se concebía un final del universo. Sólo podían admitir un tiempo cíclico, el que reconocen siempre después de las catástrofes, como lo fuera la irrupción de Cortés. Desde que el mundo no había sido hecho según la comprensión del hombre, no podía coincidir con su imagen, y no podía por lo tanto concebirse tampoco ninguna clase de culminación final, una edad de oro concluyente como la forjaba la mentalidad antropocéntrica de los europeos, quienes seguían en cambio creyendo en un ascenso culminante de la humanidad, preparando así nuevos imperios sobre un mundo sometido.

La destrucción del sentimiento azteca impidió que pudiera producirse alguna conciliación indiano-europea y se estableciera alguna filosofía renovadora, con importancia análoga a la que tuvieron el budismo y el taoísmo en Asia.

Para el azteca este mundo no es obra del azar, sino de las fuerzas creadoras de las que participamos. Como el deseo, como el amor, la creación omnipresente conduce a explosiones ocasionales. Nada les era más dechable que incidir en ese proceso, usufructuándolo como un medio de enriquecimiento. Nada así más nefasto que cultivar la tierra o abrir en ella galerías para extraer minerales. Y si deseaban extraer maderas de los bosques, pedían antes perdón a Quetzacoatl.

La conquista cometió el crimen incalificable de destruir ese sagrado amor por el todo. Utilizaron implacablemente la mortífera técnica del Renacimiento, a fin de aniquilar todos los dominios de un conocimiento invasor, a los que alude certeramente Le Clézio: "las civilizaciones indianas, México y las mayas en especial, estaban más adelantadas que las de Europa, en medicina, astronomía, irrigación, drenaje, urbanismo y aquello ignorado en Europa y que para

nosotros tiene hoy un inigualado valor vital: esa armonía entre el hombre y el mundo, ese equilibrio entre el cuerpo y el espíritu, esa unión de lo individual y lo colectivo que eran la base de la mayor parte de las sociedades indígenas". Asombra la perfección de su ciencia. Los mayas eran en efecto capaces de prever los eclipses de luna con gran aproximación, y con previsiones de siglos. Fueron además los inventores mundiales del cero, tan útil, y tanto tiempo esquivo en Europa, para las multiplicaciones y divisiones. Y conocían, siglos antes de Copérnico, las rotaciones de los planetas en torno al Sol. En cuanto a la pobreza y a la improductividad de sus trabajos, los aztecas los mantenían para preservar su integridad espiritual.

Los mexicanos, cuya pureza y armonía moral asombran siempre a los recién llegados, estaban en vísperas de desarrollar un sistema filosófico, no con palabras domesticadas, como las nuestras, sino con sentimientos coordinados dentro de un sistema vital que hubiera podido resolver las contradicciones en que se debate la humanidad europeizada. Mediante el trance y la revelación, aportaban el acuerdo esencial entre lo inmediato y su vigencia universal, ese equilibrio entre los hombres y el mundo que hubiera podido llegar a ser el punto de partida de un nuevo pensamiento, ese freno que necesita aún el progreso técnico desenfrenado del mundo occidental.

No todo, sin embargo, se ha desvanecido. Hace pocos meses, entre montañas y espesos bosques, los sobrevivientes del que fuera el más lamentable desastre de la humanidad, los mayas de Chiapas, continúan dándonos la imagen de una fidelidad indeclinable a los principios de libertad, de solidaridad y de ensañación de las antiguas civilizaciones pre-hispánicas. Esos irrenunciables descendientes siguen siendo los guardianes de "Nuestra madre la tierra". Su vida y sus actitudes, en indadas del norte y del sur del continente, testimonian una esperanza ardorosa, inconcretable en este hoy apremiante, y que en la frase final de este libro augural, el autor reproduce finalmente del Codex Florentinus\*\*, admirable testamento de las tenaces experiencias que nos depara el pueblo mexicano:

"Algún día será así, algún día todo será así, en otro tiempo, en otro lugar. Lo que se hacía hace mucho tiempo y que ahora no se hace más, algún día será, algún día será así, como fuera en tiempos muy lejanos. Quienes viven hoy, algún día vivirán. Algún día serán".

Washington Lockhart

Sobre la tierra en tomo por donde voy, entre árboles plantas, flores y un cielo inmenso todo es un canto un canto que está en mí inextinguible resonándome, sosteniéndome, viviéndome; un canto. El canto.

\*JMG. Le Clézio: *Le rêve mexicain*.  
\*\* Codex Florentinus; AGR, México, 1969, libro VI.

Imprimimos sus  
Facturas y Remitos  
de acuerdo  
a las nuevas normas

IMPRESOS URGENTES  
prontográfica

Cerro Largo 850  
Fax: 92 31 72